

HERNÁNDEZ FIGUEIREDO, J. R., *El deán Juan Manuel Bedoya (1770-1850). Proceso inquisitorial a sus escritos liberales*, JRHF, Orense 2015, 509 pp.

Con sólo ojear el trabajo de Hernández Figueiredo, se hace evidente que estamos ante un estudio minucioso, paciente y reposado, con una bibliografía extensa y, sobre todo, con un apoyo documental que hará muy difícil el poder exhumar más documentación sobre el deán Juan Manuel Bedoya (1770-1850), objeto principal del mismo.

El libro se nos presenta en tres bloques. El primero desde el nacimiento en Cantabria del futuro deán hasta su llegada a Orense como canónigo. La devoción del autor por la figura de Bedoya nos permite conocer su vida hasta el más mínimo detalle de su vida, reiteramos siempre apoyada en una abundante documentación. El cántabro se licenció y doctoró en Teología en la universidad de Osma, dejándole profunda huella su paso por el seminario de Sigüenza durante una década. Acumuló a lo largo de su vida muchos cargos y dignidades; además de ocupar su puesto en la catedral gallega, fue calificador de la de la Suprema y General Inquisición o miembro de la Real Academia de la Historia entre otras dignidades, pero sin duda el cargo que más marcó a Bedoya fue el de lectoral y penitenciario de la Real Colegiata de San Ildefonso.

Allí fue donde conoció al que sería uno de sus mentores, como lo fue el arzobispo Félix Amat, que le pondría en contacto con su sobrino Torres Amat y, sobre todo, le introdujo en un círculo de estudio e intelectual de primer orden. Con ambos siempre mantuvo una afinidad intelectual, política y cultural a pesar de la dolorosa separación que sufrieron tras el cierre de la Real Colegiata por orden de José Bonaparte en 1810.

Como persona culta, liberal y moderada, Bedoya sufrió acusaciones de afrancesado al tiempo que sufría un exilio por tierras gaditanas y malacitanas, etapa de la vida de Bedoya que ocupa la segunda parte de la obra. El autor califica a Bedoya como ilustrado optimista que luchó por la reforma de la iglesia a nivel diocesano y jansenista, aunque no desde el punto de vista teológico, sino desde la perspectiva disciplinar y moralizante en su intento de cambiar y reformar de manera razonable la vida eclesial. Mientras, en su concepción eclesiológica, Bedoya estaba en línea con Amat, basándose en el regalismo y en las ideas frebonianas tan en boga en la Europa del momento.

En la España que transitaba del Antiguo Régimen al liberal, Bedoya no tardó en darse cuenta del nuevo mundo que venía y de las necesarias reformas que debían de producirse en su querida iglesia. Con el comienzo de la Década Ominosa comenzaron sus problemas, que coincidieron con

la muerte de su gran valedor en Orense, el obispo Quevedo. Sería la revista ultracatólica y absolutista *El Restaurador*, editada por el futuro obispo de Málaga fray Manuel Martínez Ferro, la que comenzara la persecución ideológica contra el deán. Sufrió por ello destierro, pobreza y amenazas en un proceso que se alargó en el tiempo de manera innecesaria, entre otras cosas por la inconsistencia de las acusaciones, siendo indultado finalmente por la Real Sala.

Hernández Figueiredo analiza toda la documentación del proceso de manera minuciosa, dejándonos ver todos los entresijos del mismo y a la vez que desarrolla el ideario político de Bedoya, concluyendo que el proceso tenía un carácter revanchista sin ningún fundamento, y que solo podía concluir con el sobreseimiento del mismo. Indultado el deán, el historiador nos relata en su tercer bloque, cómo poco a poco fue recuperando cargos y dignidades, y continuó de manera ejemplar con su misión pastoral y cultural hasta el fin de sus días, que llegó de manera plácida siendo un octogenario.

El extenso texto que nos presenta Hernández Figueiredo es una radiografía exacta y minuciosa de la España de la primera mitad del XIX y de su ambiente ideológico y cultural. Quizá, en ocasiones, la extensa documentación y minuciosidad hace que lo importante se le oculte al lector, que no es otra cosa que el proceso incoado contra el deán. También, en ocasiones, desvía su atención hacia personajes como Félix Amat, cortando su excelente discurso en torno Bedoya. Lógicamente, éste se ponía en relación con otros personajes y es pertinente mostrarlo, pero en ocasiones habría sido, quizá, más efectivo hacerlo de manera más esquemática, lo que puede ser fruto de la encomiable y evidente erudición y entusiasmo de Hernández Figueiredo.

Cuando el deán es indultado, el historiador continúa, en un trabajo microhistórico, rastreando la vida de Bedoya cuando, a lo mejor, habría sido más interesante poner en relación la ideología del biografado con la que en ése momento se estaba debatiendo en Europa. Esta relación la establece en algunos momentos de su argumentación, pero nos deja con ganas de profundizar más en ello.

Sin lugar a dudas el contundente y bien armado trabajo de Hernández Figueiredo está llamado a ser una obra de referencia inexcusable para muchas generaciones de futuros historiadores. El deán Juan Manuel Bedoya queda explicado hasta sus últimas consecuencias y aportará nuevas perspectivas al relato general de la historia de la iglesia y de las ideas del siglo XIX.

ROBERTO MORALES  
ESERP Madrid